

jorge di paola
minga!

Serie del Recienvenido
dirigida por
RICARDO PIGLIA

La *Serie del Recienvenido* propone al lector grandes obras de la literatura argentina de las últimas décadas del siglo xx, seleccionadas y prologadas por Ricardo Piglia. Los libros que conforman la serie han sido elegidos de acuerdo a la presencia —y la actualidad— que estas obras tienen en la literatura del presente. En un sentido estos libros han anticipado —o promovido— temas y formas que tienen un lugar destacado en la narrativa contemporánea. Siempre recién venidos, los títulos de la colección están en diálogo y en sincronía con las propuestas más novedosas de la literatura actual.

jorge di paola
minga!



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 1987 (Buenos Aires, Ediciones de la Flor)
Primera edición FCE Argentina, 2012

Di Paola, Jorge

Minga! / Jorge Di Paola ; con prólogo de Ricardo Piglia. - 1a ed.
- Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2012.
232 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-955-6

1. Narrativa Argentina. I. Ricardo Piglia, prolog. II. Título.
CDD A863

Diseño: Juan Pablo Fernández
Foto de tapa: Proyecto Venus/START
Armado de interiores: Hernán Morfese

D.R. © 2012, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-955-6

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA — *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo, por Ricardo Piglia | 9

Minga!

PRIMERA		19
I. Teja		19
II. Taba		27
III. Temblor		39
IV. Tantear		54
V. ¡Trac!		66
VI. Tretas		76
VII. Trance		101
VIII. Sombra larga		114

SEGUNDA		121
I. Tauras		123
II. Titubeos		140
III. Trotes		156
IV. Torsiones		184
V. Trizas		198
VI. Traste		215

Epílogo | 227

A Enrique Raab, desaparecido.

A Mónica Flores, Alejandra Rifé, Fabiana Vera, Yenia Fischer.

*A Jorge Luis Boria, Armando Haebener, Ángel Orbe, Jorge Pouzzo,
José Stellato, clan Techeiro, Robustiano Reyes Dávila,
Sergio Bizzio, Miguel Briante.*

*A tantos, a las pequeñas y sucesivas solidaridades y discusiones
y charlas que hicieron, también, este libro.*

*Responsable de lo que vendrá, sin embargo, soy tan sólo yo.
Que sean absueltos del delito de complicidad.*

El sueño de la razón engendra monstruos.

GOYA

La muerte no mata nada, la matadora es la suerte.

CORRIDO MEXICANO

Primera

Capítulo I

Teja

Pase y vea sin compromiso
CABRAL, MENAJE, REGALOS

El mar incesante parecía quieto en el reflejo, en la vidriera del bazar. Pablo, que vagaba con un telegrama en la mano, leyó y se detuvo. ¿Dónde estaba? Frente al cartel, doblando y desdoblando el papel, terrible daga de letras que se había clavado en su pecho. Pero, ¿en qué ciudad, en qué mundo? Estaba pegado al piso, no volaba por los aires. Recordó la ley de gravitación universal (razón inversa del cuadrado de las distancias); respiraba, el aire era seco y cálido, agitado por el viento, tenía la lengua en la boca. En fin, se trataba del trivial mundo donde había nacido. Entendía el lenguaje escrito: *pase y vea, sin compromiso*.

Pero al mismo tiempo nada estaba bien. Miró, y vio ese oleaje cristalizado, desvaído en la superficie espejada. Giró: la playa amplia y llana, el mar salado, el olor a pescado. La vidriera de Cabral, parcialmente, lo replicaba.

“El Atlántico –pensó–, el mismo océano que mojó a José Curú por última vez.”

De a poco, una figura se iba dibujando: en otras coordenadas (latitud, longitud) el pobre Curú había muerto drásticamente (quiso decir trágicamente) *lejos de los suyos*. ¿Cómo se enteró Pablo von Paulus? Unas míseras letras escritas por una teletipo, acaso las mismas que, combinadas de otra manera, lo hubieran

hecho ascender a los cielos y reír de alegría. Al morir, Curú no estaba solo en la playa de Ipanema. Bromeando, tendía un vaso de caipiriña a una mulata, seducida tan sólo para verlo caer ensangrentado a sus pies. El vaso se derramó en la arena. Vanda gritó, gritó, pero la gente huía al ver tan inexplicable decapitación, grotesca si no fuera por el horror. Vanda, en su bondad sin-copada, empezó un infierno de trámites y declaraciones, mandó a embalar el cuerpo, pagó ella. Bastó un féretro corto, la cabeza la pusieron a sus pies. Hubo inyecciones de formol, intervino Cancillería.

Pidió un formulario (“Argentinos –se repetía– argentinos”) en la oficina de telégrafos y, en portugollano, o castellonés, inició con su mensaje una serie que llevaría a Pablo al borde del colapso, a kilómetros de Río de Janeiro, en la Pampa Húmeda.

En ese preciso momento (simultaneidad), el profesor borraba un pizarrón verde oscuro en el aula IV, se sacudía el polvo de tiza y esperaba que terminaran las clases.

Le llevaron el telegrama a la Universidad. En los pasillos, los chicos se burlaban del serio funcionario con ese uniforme gris y miserable, raído; de la cartera que llevaba en el cinturón.

Efectos de un mensaje: quien no le teme a la palabra no le teme al crimen, a lo que dirán. El tipo, se ve, estaba acostumbrado, era imperturbable.

En ese mismo momento Vanda se fue a beber. Luego se entregó pasivamente a un hombre anónimo. Son maneras de llorar. Pero si hubiera sabido que sacaba de quicio de tal modo al *destinatario*, habría temblado. Si el chino que en Hong Kong *almaba lápices de fibla* hubiera sabido...

¿Dónde ha quedado la responsabilidad de los actos en este mundo dominado por la línea de montaje?

Pablo, después de la noticia, había recorrido 320 kilómetros al azar. Ayer –el ayer de este hoy– en la terminal de ómnibus, miró

horarios y no destinos: en cinco minutos, uno para Tres Arroyos. En Tres Arroyos, sorprendido por las profundas cunetas que parten los autos, vagó media hora, y tomó otro, a ciegas, que iba para allá (ahora, es acá).

Lo pararon el Atlántico y el hambre. Comió una porción de pizza con una anchoa muy grande que tal vez fuera una sardina, sobre tomates amarillentos que acaso fueran zanahorias. Pagó caro.

Luego vagó por las playas interminables de un balneario de sembradores de trigo, orientado al sur, hostil bajo la arena volante de los vendavales. Pensó en comprarse una malla, púdicio para morir.

En recitar a Alfonsina entre medusas de toque ardiente. Y, verso a verso, a borbotones, ahogarse. Luego, boyar, cuando los gases de la descomposición inflaran su atribulado cuerpo. Ya no podía comprender nada de nada.

Estaba frente a la vidriera. Atrás los médanos infinitamente vagando grano por grano (¡lo que hacen los japoneses con eso!); a veces un girasol turista, improbable entre las uñas de gato y una zarza leñosa, que no ardía ni revelaba a Dios Padre, silenciosa.

¡Qué extraña luz la de un balneario ladeado...!

El sol despuntaba cíclicamente desde atrás del faro, tan Julio Verne, y se ocultaba entre aguas oscuras que se encendían a su contacto aparente. ¿Esta observación demuestra que había caminado sobre la arena durante el día? No. Demuestra la integridad deductiva, a pesar de todo, de este matemático titular de la Cátedra de Probabilidad y Estadística, aun en su período de máxima incertidumbre. Ahorraremos al lector las ecuaciones y cálculos, pero se trata del período de máxima incertidumbre en la vida de Pablo von Paulus, qué joder. Seguía haciéndose las preguntas correctas:

¿Por qué ese girasol prosperaba en la arena, cerca de un pino arqueado por los vientos dominantes, en un pozo, y livianos frascos sintéticos de bronceador daban un aire de basurero a la escena?

¿Acaso la semilla había vagado (como él) desde los sembrados, y plantado en la época correcta su cara de sol enano con su círculo de estupor giratorio?

En la era estadística de los números sanguinarios una semilla voleada por los vientos –girasol donde no debe haber girasol– reconfortaba al filósofo: los pequeños números también ocurren.

Pero no lo reconfortaba porque también son el error, el horror.

Así –pensaba Pablo para no pensar en su amigo Curú, decapitado como se vio– reposamos sobre un colchón de grandes números que nos permiten predecir, pero una partícula insensata puede adquirir energía infinita y atravesar nuestros oscilantes cuerpos y rajar de este universo donde los amigos se mueren y ella no corresponde a mi amor.

Pablo tenía ganas de bañarse. En un bazar no venden mallas, pero tal vez en este bazar, tan misceláneo y con vista al mar, tal vez. Recuerda: un caballo galopa desde el fondo del horizonte, los cascos mudos sobre la arena mojada. La luz reverberante come las siluetas. Este director de cine, digamos, no equilibra la escena y será objetado por el actor jinete: “No se me ve la cara”. Y ya no hay nada sino

la cresta de una rompiente suave
la caída, la espuma
las ondas cíclicas
rutinario trabajo del mar
que siempre recomienza.

Había estado en la playa con un portafolios (¡y lo que había adentro!), traje con chaleco, gris oscuro, mocasines negros. Por eso volvió al pueblo –nunca se acordaría el nombre, algo lo impedía, algo se lo borraba– en busca de una malla y zapatillas.

Daba la espalda al mar y el pecho a la vidriera de Cabral. Allí, a sus pies, se acumulaba la insidiosa arena en dunas de juguete, en la vereda, contra la pared.

Si uno agitaba los árboles caía una lluvia que entraba en los ojos. Irritación de membranas no es llanto –pensó– ni por él ni por ella. Arena en los ojos.

Pase y vea

Es imposible comprar un regalo a una mujer como Natacha Filipovna, quien se burla tanto de los hombres como de lo que eligen para luego arrojar a la basura “a poco de despreciar”. En fin, éste es un capítulo que no termina, habrá diamantes en el fuego.

“No ser el mar –fantaseaba Pablo– para sumergirla y ahogarla con un trenzado de algas, ver su cabellera flotar, ella con plomo en los pies. Y besarla contemplado por un cardumen violeta de ojos sin párpados” (tonto, ningún pez tiene párpados y acá sólo hay corvinas negras).

Es decir que iba a comprar un regalo, no tan sólo la malla y las zapatillas o alpargatas blancas, y que le iba a escribir detrás de una postal verdosa y estúpida: *Te Espero Amor, yo Pago.*

Se trata nada menos que de Natacha Filipovna, el eje torneado alrededor del cual giran los hombres. Pensaba en ella como un decapitado –por Dios, amigo Curú, quiero olvidar el horror de tu muerte, déjame un rato– que lleva su cabeza en una bandeja y sonríe allí con aire culinario, con una ramita de perejil, a punto, ni muy cocido ni muy crudo.

Cómo explicarle a la distancia que ya no estaba invitada a Ipanema, que el amigo que los esperaba había muerto sorpresivamente (¡quién morirá sin asombro!) con un vaso de caipiríña en la mano, azúcar en el borde, ya seducida la macumbera Vanda que prometía velas y gallinas sangrantes para juntar la histeria occidental de Natacha con la histeria africana.

¡Qué experimento!

Como decía José Curú, el primer muerto de esta historia de costumbres (siempre se trata de costumbres, unas distintas de las otras):

—Un problema sólo se resuelve con un problema mayor.

Esta teoría quedó inconclusa. Lo reveló este telegrama internacional. ¡Si hubiera sabido el pobre Morse que sus puntos y rayas iban a decir una vez esto!

JOSE CURU NO TE AGUARDA MAIS STOP TEJA DEGOLLO EN IPANEMA
STOP RESERVACAO CANCELADA STOP VA CADAVER LEGACION ARGENTINA
STOP SOY VANDA STOP ESTOY TRISTE VEN CONMIGO STOP

Pablo iba por la undécima lectura.

Hay textos que no se entienden nunca. No hay que tocar ciertos estupores localizados en el área *Maldito sea no lo aceptaré* del hemisferio derecho. El cuerpo calloso no lo deja pasar, no siempre es química ni cuestión de fibras. ¡Murió en lo mejor de su edad, con el torso dorado por el sol, delante de dos palmeras curvadas por la misma ráfaga! Había dejado de fumar. Pero la teja voló impulsada por un tornado tubular, de diámetro despreciable.

Así había pensado Pablo von Paulus frente a las olas silenciosas y secas que se reflejaban en la vidriera, sobre un paisaje de tazas y ceniceros de cerámicas modeladas por un parkinsoniano, pavas esmaltadas, tostadoras y cuchillos de pan de filo inspirado en los dientes de tiburón.

El cuadro marino —lo tocaba con los dedos, como si lo pintara— se movía lentamente, la espuma pálida que se espejaba en la penumbra tenía pulsaciones milimétricas, casi imperceptibles a esa escala. Espuma y oleaje que el confundido ojo del confundido Pablo veía atravesar una linterna y llegar hasta una cazuela-puerto.

Había un faro de yeso, recuerdo de Amnesia (ya que no se podía acordar del nombre de la playa, la bautizó Puerto Amnesia).¹

El salón estaba vacío. Así lo vio en el acto de apoyar la palma, eliminar de ese modo el reflejo y mirar adentro del bazar.

Había tantas cosas diversas en una clasificación por ramos en los estantes combados por el peso de las cosas. Trabajaron tantos tornos en esas maderas y en esas cerámicas, tantas piedras de afilar y forjas modelaron esos metales, tanto gas fue la materia de esos plásticos. Trabajo de los hombres al servicio de la fealdad.

Apenas cabía el aire para respirar. Ese reino de lo heteróclito rumoreaba cric-cracs al abrir la puerta y al entrar, como si el telegrama en la mano, stop, fuera la lista de compras de un chico desmemoriado, mamá. Pablo lo doblaba (eso se llama plegar la muerte) y se lo guardaba en el bolsillo.

Artículos Rejionales*

¿En cuál bolsillo dejó el telegrama? Se verá más adelante, un recado y una montura distrajeron por un instante a Pablo. Pero no por mucho.

Nunca habría estado en casa Cabral si no hubiera sido por ese telegrama, teledrama, que le impidió dormir esa noche y a la madrugada lo alejó de la Universidad en el primer cualquier ómnibus. Resultó en dirección al mar, pero mar surero; hubo rasguídos de milonga en esa plana y lenta inmersión de la Pampa en la otra orilla del mar de los Atlantes, en algún lado el continente sumergido. Después de todo, la Tierra es redonda y todo se mueve más o menos. Algo de esa costa quedó en África, como quien parte una galleta; algo de África volvió convertido en esclavitud y luego en carnaval.

Volvamos —aunque no estuvimos todavía— a la noche de este matemático correntino, *chajá pero no cuaipé*,² que despertó, al pa-

* De una región de La Rioja.

² Vamos a c... a los pastos, guaraní.

¹ ¿Puerto qué? ¿Dónde había oído antes eso?

recer para siempre —el insomnio es el revés de la muerte, aunque tan horrible—, despertó en un infierno de signos matemáticos en colisión, zarandeado por un terremoto algebraico.

Predominaba el olor a cuero crudo, pero había otros. El negocio estaba, al parecer, vacío. Se distrajo, o se hipnotizó, mirando una esferita de cristal con una casita adentro. Le daba el sol, destellaba.

Pensó:

“Si ponemos pentagramas en el piso de un palomar, y barre-
mos todos los días, en un millón de años obtendremos la novena
sinfonía, que ya no será de Beethoven sino de una conjunción de
la gravedad y la caca de paloma”.

Pablo von Paulus detestaba el arte, como todo juego que se
imponen sus propias reglas. Para él jugar era moverse entre ellas,
permutar; encontraba la libertad en esos enrejados, en elegir la
diagonal del alfil y no el gambito de caballo. De todos modos,
siempre perdía.

Sólo iba a tolerar los efectos del arte —no el arte mismo, sea
éste lo que fuera— si podía considerarlo impersonal, sin autor,
pura coincidencia, como si una bala perdida hiciera sonar una
campana de aleación perfecta, con suficiente oro en el bronce.

Capítulo II

Taba

En la vidriera que reflejaba el mar plano de Puerto Amnesia con
vibraciones de medusa azul, hay una gallinita de cristal brumoso,
un barómetro químico. Cambia de color, dicen, anunciando
la lluvia (¿un solo huevo violeta y cacareas tanto?). Meteorología
imperfecta: a veces predice tan sólo *casi* la lluvia, y los creyentes
abren paraguas en un estallido de sedas color ala de cuervo bajo
el cielo oscuro, pero nada. Un cúmulo nimbo amenazante pasa,
trueno a la distancia. ¿Y? La tierra seca, temblorosa, espera. Un
fémur mal soldado o una vértebra chingada pronostican mejor,
pero no se pueden poner sobre un estante. De todos modos, la
lenta mutación del tornasol azul en una leche violácea enfrenta al
hombre a los misterios de la ciencia ya no tan positiva. La danza
de la lluvia se volvió baile de grandes moléculas, el pobre Mendel-
léiev fuma su pipa frente a una retícula de un centenar de signos
y canta con voz de barítono de Ojos Negros:

“He aquí el Universo. Tu amada es agua, carbono, sales.
Bésala”.

Cada cosa implica el todo —piensa el azorado Pablo von Pau-
lus—, pero no le encuentra la vuelta—. La gallinita no está sola en
la vidriera del bazar. A su lado, un crucifijo “para colgar en la
cabecera del lecho”, compuesto por seis valvas de almejas de por
ahí. Pegadas entre sí con poderoso adhesivo. El cuerpo vermi-
forme del redentor, modelado con algo —¿plastilina, arcilla?— por
un opa laborioso, huele a puerto de pescadores. Ese ícono, esa
configuración, parecía la versión obsesionada de un musulmán